

Thomas Glavinic

La vida de los deseos

Traducción del alemán de
María Falcón Quintana

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Das Leben der Wünsche*

En cubierta: *Detalle de Visión 11*, foto de © György Kepes

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© 2009 Carl Hanser Verlag München Wien

© De la traducción, María Falcón Quintana

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

ISBN: 978-84-9841-414-1

Depósito legal: M-???-2010

Impreso en ???

Printed and made in Spain

Papel 100 % procedente de bosques bien gestionados

Índice

La vida de los deseos

Uno	11
Dos	11
Tres	11

«Supongo que quiero decir que Kafka comprendía que los viajes, el sexo y los libros son caminos que no llevan a ninguna parte, y que sin embargo son caminos por los que hay que internarse y perderse para volverse a encontrar o para encontrar algo, lo que sea, un libro, un gesto, un objeto perdido, para encontrar cualquier cosa, tal vez un método, con suerte: lo nuevo, lo que siempre ha estado allí.»

Roberto Bolaño, *El gaucha insufrible*

Uno

1

–¡Un segundo! ¡Sentémonos en el banco que hay delante de la fuente! Quiero hacerle una propuesta.

–¿Habla conmigo?

–Sí, con usted.

–¿Está seguro de que no me confunde con otra persona?

–Usted se llama Jonas, tiene treinta y cinco años, y su esposa se llama Helen.

–¿Nos conocemos de algo?

–Tiene dos hijos, Tom y Chris. Trabaja en la agencia publicitaria Tres Hermanas. Su madre murió y su padre, de ochenta y seis años, vive en una residencia desde que sufriera un ataque de apoplejía. No tiene hermanos. Desde hace un tiempo se acuesta con Marie, la esposa de Apok, con el que tiene un hijo.

–¡Usted es detective!

–Soy algo mucho mejor –respondió el hombre–. ¡Sentémonos!

Jonas no tenía ganas de hablar con él. La cabeza le empezaba a doler apenas media hora después de la fiesta de cumpleaños de Sondheimer. No soportaba esas horribles mezclas de ron y vino blanco que tomaban en la oficina. Tenía tanto calor que con gusto se habría sacado la camisa del pantalón y habría metido a trompicones la corbata en el bolsillo; la terrible sed que tenía le apremiaba a acudir a la taberna más cercana. Pero siguió al hombre y obedeció sus gestos cuando

éste dio unos golpes sobre el banco invitándolo a sentarse junto a él. El extraño dejó el maletín de color azul en el suelo.

Se miraron. El hombre vestía de blanco: chaqueta de lino, pantalón de pinzas y zapatos bajos. Tenía el pelo corto, estaba mal afeitado y llevaba una cadena de oro alrededor del cuello y otra en la muñeca. Jonas se reflejaba en sus gafas de sol.

—¿Quiere dinero? —preguntó Jonás.

El hombre se quitó las gafas y comenzó a morder una patilla sin apartar la vista de Jonas. Sus ojos eran azules como el agua, su rostro inexpresivo. Parecía reflexionar el modo de empezar la conversación. De pronto, tras observar un minuto entero a Jonas, se enderezó y volvió a apoyar las gafas en la nariz.

—Jonas, le concedo tres deseos.

—¿Qué tal los siguientes? Olvide cuanto sabe, déjeme marchar y no me vuelva a dar un susto.

—Lo digo en serio. Tres deseos.

—Cállese. ¿Qué quiere?

—Quiero concederle tres deseos.

—Quizá me equivoque pero, en los cuentos, las hadas no tienen ese aliento a cerveza.

—Ni soy un hada ni esto es un cuento. Le concedo tres deseos. ¡Enumérelos!

—¿Lo dice en serio?

—Absolutamente.

—¡Madre! Déjeme pensar.

—Vamos.

Con un movimiento amplio, el hombre miró el reloj y cruzó los brazos detrás del cuello. Se mostraba indiferente. Los niños que jugaban al disco volador en el prado parecían interesarle tan poco como el torpe malabarista que tenía enfrente o los borrachos gritones del puesto de salchichas que había al final del parque. Jonas esperó pero el hombre no dijo nada.

En la fuente, detrás de ellos, se oía el chapoteo del agua.

El sol quemaba la espalda de Jonas, que había sudado la camisa hacía rato. ¿Debía levantarse y marcharse? Lo que el hombre decía era un disparate. En cualquier caso, su aspecto no era el de un tarado. Y sabía lo de Marie.

–Tres deseos. ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Y cómo piensa concedérmelos si no es un hada?

–Déjese de cuentos, Jonas. Los deseos.

–¿Pero qué le importan a usted mis deseos? ¡Ni siquiera lo conozco!

–Soy el que le concede tres deseos.

–Estamos dando vueltas a la noria.

–No tengo la culpa.

–¡Escúcheme! ¡Un hombre con cadenita de oro, traje blanco y aliento a cerveza quiere concederme tres deseos! Eso sí que es para...

–De eso tampoco tengo la culpa. Es usted quien determina mi aspecto.

–¡Ya está bien! ¡Me largo!

Jonas hizo ademán de levantarse, pero el hombre guardó silencio. La situación parecía aburrirle, como si hubiera estado aguardando las protestas o las hubiera vivido con bastante frecuencia. Jonas se volvió a sentar en el banco. Una señora mayor pasó de largo gritándole a un adversario invisible. Jonas la siguió con la mirada hasta que fue engullida por un extenso grupo de paseantes.

–Dígame lo que quiere. ¿Chantajearme? Si sabe tantas cosas sobre mí y mis circunstancias, sabrá también que estoy sin blanca. ¿Por qué quiere causar dolor? Si el marido de Marie se entera de algo... Es diabético, siempre está enfermo, necesita cuidados continuos. No está para sufrimientos psíquicos o físicos. ¿Por qué quiere hacerle daño a alguien de ese modo? ¿Qué sentido tiene? ¡Por no hablar de mi esposa!

–Usted no me está tomando en serio y eso es un error. Enuméreme sus tres deseos.

Detrás de Jonas se oía ahora el murmullo del agua, el automático de la fuente había cambiado al nivel más alto.

Un niño gritaba divertido, otros reían. Un altavoz chirrió anunciando un torneo de fútbol. Un hombre montado en bicicleta espantó a las palomas que, con un arrullo excitado, picoteaban los granos que había en el camino. Jonas recordó que había prometido a Tom y a Cris llevarles la nueva locomotora eléctrica del anuncio para su ferrocarril. Las tiendas estaban a punto de cerrar. ¿O no? ¿Qué día de la semana era en realidad?

Confundido, se frotó la sien, el dolor de cabeza se había vuelto insoportable. «Acabemos cuanto antes», pensó.

–Está bien. ¿Puede concederme tres deseos?

–Así es.

–¿Los que yo quiera?

–Los que usted quiera.

–Bien. Podría desear saber si la vida tiene sentido. ¿No es cierto? O si la muerte lo tiene. Pero usted no podría demostrarme que su respuesta es válida.

–¡Siga!

–Me gustaría saber más sobre la muerte antes de morir.

–¿Sí?

–Quizá me gustaría saber qué se siente justo antes de morir. Cómo sería salvarse por un pelo de una gran desgracia, ¿me entiende?

–¡Siga!

–¿Sabe qué deseo desde hace mucho tiempo? Ser menos indolente. Hacer más cosas. Conseguir reunir fuerzas. Ser más activo, más curioso, más vivo. ¡Probar a hacer cosas nuevas!

–¡Siga!

–Ay, no se imagina todo lo que me gustaría saber. Comprender. No entiendo nada. Jamás he entendido nada y jamás lo entenderé. Quiero saber. ¡Sí, a toda costa!

–¿Hemos terminado? –preguntó el hombre.

–Mirar al futuro o al pasado. ¿Acaso no es lo que todos desean? Echar un vistazo a lo sucedido. A lo que llegará.

–Ése no es su deseo –dijo el hombre.

–¡Sobre todo quiero comprender! Quiero comprender las

cosas y las relaciones, al menos un poco porque no las entiendo. Nunca he comprendido a fondo el mundo, no tengo respuestas, no se me ocurre otra cosa que seguir viviendo. Oh, sí, señor detective. Al menos desearía un par de hipótesis porque ni siquiera tengo eso. Si alguien me pregunta, me gustaría saber responder. Eso sería genial.

—¿Genial?

—¡Tres deseos! Podría desear comprender mi relación con las personas, ¿no es cierto? Podría desear grandeza en mi vida, dramatismo y singularidad. Podría desear ser otro, un rico heredero, el... Podría desear tener una muerte sensata para que fuera más soportable. Podría desear que mataran, sólo en teoría, a un enemigo, que no tengo, pues en la práctica jamás lo haría. Podría desear comprender las cosas tal y como son, ¿no? Darme cuenta de las cosas y comprenderlas, ¿sí?

—¡Siga!

—Pero mis deseos son otros —dijo Jonas. Le había entrado hipo—. Deseo tener más deseos. Deseo que se cumplan todos mis deseos. Éste es mi primer deseo y no necesito los demás. Se los regalo.

El hombre se volvió a quitar las gafas, mordió la patilla y observó sin disimulo a Jonas un rato.

—Fantástico —dijo—. ¡Genial!

—Si es así —dijo Jonas golpeándose el pecho para acabar con el hipo—, me gustaría que, en primer lugar, nos levantáramos de este banco y nos marcháramos en direcciones opuestas.

—A partir de mañana sus deseos se cumplirán, Jonas. Dos cosas más: concédales un tiempo a los deseos para realizarse. Y: no podrá desear nada más.

—Quizá esto ahora me resulte una pizca más sutil de la cuenta.

—Hemos acabado.

El hombre se levantó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jonas—. ¿Nos piensa delatar?

—Tómese nueve tragos de agua.

–¿Cómo dice?

–Contra el hipo.

–No tengo agua aquí.

–No la necesita. Cierre la mano como si sostuviera un vaso, eche la cabeza hacia atrás y beba lentamente nueve tragos de agua.

–¿Qué lleva en el maletín?

–No es asunto suyo.

–¡Creía que todos mis deseos se cumplirían! ¿Qué hay en el maletín? ¡Desnúdese, métase una pala por el culo y póngase a bailar sobre el prado! ¡Vamos!

El hombre se quitó las gafas. Su mirada inexpresiva se clavó en Jonas, que sentía como si el rostro de un cartel lo observara a conciencia.

–No ha entendido bien –aseveró el hombre–. No se trata de lo que usted quiera sino de lo que desea. En el fondo, mi maletín no le interesa lo más mínimo. ¿Qué desea, Jonas?

Sin estrecharle la mano, con una simple inclinación de cabeza, el hombre se marchó.

Jonas lo siguió con la mirada. Aunque ya era hora de ir en busca de la locomotora, no se decidía a marcharse. Estaba desconcertado. Se enfadó por haber dejado aquella mañana el coche en su casa con motivo de la fiesta de cumpleaños, se habría podido ahorrar el taxi.

Una pareja de ancianos pasó de largo. Un chico montando en monopatín pasó gritando, sin motivo aparente, una consigna sin sentido. Una hermosa mujer se sentó en el banco de enfrente. Llevaba pantalones cortos, una camiseta estrecha de color azul y el pelo recogido en un moño. Sus miradas se cruzaron. Ella escudriñó a Jonas, apartó la vista y ya no volvió a mirarlo.

Una extranjera envuelta en un amplio vestido se dirigía hacia él a paso rápido. Detrás de ella bramaban cuatro gamberros del puesto de salchichas. Con la cabeza baja intentaba librarse de sus perseguidores. La mujer hermosa agarró precipitadamente el bolso y se marchó cruzando la pradera. Jonas buscó una señal en el rostro del resto de transeúntes

que confirmara su disponibilidad para entrar en acción, pero todos miraban en otra dirección. Cuando la extranjera llegó a su banco, quiso levantarse. Pero se quedó sentado.

La extranjera y las bestias desaparecieron pronto de su vista. Se sintió completamente avergonzado. Mientras se concentraba en el hipo, el móvil sonó dos veces. No lo sacó del bolsillo porque no era el sonido de Marie.

Oyó ruido detrás de él. Un niño pequeño tenía las rodillas cubiertas de agua. En la mano sostenía un bote de color rojo.

–¡Mira, mi bote! –gritó–. ¡Sabe nadar en la fuente!

Jonas asintió sin mirar el bote. Arqueó los dedos e hizo como si se llevara un vaso a la boca. Echó la cabeza hacia atrás y dio nueve tragos. Aguardó. No volvió. El hipo había desaparecido.